



REVISTA DE LOS CAZADORES.



APUNTES SOBRE ARMAS Y CAZA.

(Continuacion.)

Vamos ahora á la carga del cartucho, partiendo del principio de que sea del calibre de 16, que es el más usual, y por lo tanto el que ménos dificultad presenta para encontrar cartuchos en todas las grandes poblaciones. Tómese la matriz ó molde, con su embudo puesto, é introdúzcase el cartucho, que así queda cilíndrico, aunque por venir en paquetes se hubiera chafado; sentada sobre una mesa la matriz, se toma con la medida, en una caja de dos que se deben tener al frente, una con pólvora y otra con plomos, la pólvora correspondiente (á mi parecer $2\frac{3}{4}$ adarmes es la que se debe usar, de pólvora bien graneada, sin polvo y no demasiado fina); se echa en el embudo, se toma de la caja de tacos el culote y se pone boca abajo en el fondo del embudo, y con el atacador se sienta sobre la pólvora, y encima se hace lo mismo con un taco de fieltro grueso, sentándolo con tres golpes ligeros; con la misma medida se echan los plomos, que para este calibre y caza en general debe ser de cuarta; encima se pone un taco de fieltro que se sienta sin apretar mu-

cho, y se quita el embudo, introduciendo en su lugar el rebordeador, que con cuatro ó seis vueltas lo deja bien asegurado para que no se puedan salir y caerse los plomos. Si por querer aumentar un poco la carga no cupiera bien el taco de fieltro sobre los plomos, se pondrá en su lugar uno delgado de carton; si al contrario, se disminuye la carga y resulta largo el reborde, se escogen tacos más gruesos para encima de la pólvora, y se le añade un taco de carton delgado sobre el de los plomos; pero nunca se recortará el cartucho de modo que estando vacío no llene *del todo* el hueco de la recámara. Insisto sobre esto y sobre el uso del culote, porque es más esencial de lo que se cree.

Para volver á cargar un cartucho ya usado, el mejor método es sacarle la aguja con unas tenacitas planas, tomar otra aguja cebada (que se venden en todos los almacenes de armas de Madrid), y con las mismas tenacillas colocarla en su lugar despues de quitar el piston antiguo sacudiendo el cartucho, y si se ha agarrado, se le hace salir con una aguja fina de las que usan las señoras para hacer *crochet*. Lo demás como para el cartucho nuevo. Para cargar el Le-faucheux, solo se necesita ponerla en el se-

guro, abrir la palanca, cayendo los cañones con la boca hácia el suelo, sacar con el gancho los cartuchos descargados y reemplazarlos con otros, levantar los cañones y volver la palanca á su sitio. Habiendo la ventaja de que como no hay que poner la culata en el suelo, no puede mojarse ni ensuciar la ropa. Si se quiere hacer cartuchos de bala, se echará la pólvora, un poco menos que para plomos, encima un culote con un taco muy grueso ó en su defecto dos medianos de fieltro, luego la bala, que debe ser cónica, de las que algunos llaman de garrucha, y encima un taco de fieltro cóncavo para que haya menos aire, y en vez de rebordar el cartucho, darle á este taco un poco de cola ó goma, para evitar el tener que cortar el cartucho, que suele quedar largo cuando se carga con bala. Esta se debe cuidar de que no entre forzada en el cañon, porque como no son hechos con este objeto, se estropean fácilmente.

El que quiera ir á monterías debe usar rifle, sea de uno ó de otro sistema, pues el tiro es mucho más certero y tan pronto para la carga como las escopetas lisas, con la ventaja de nunca ofrecer peligro por su mayor resistencia. Algunos poco acostumbrados á usarlos los consideran pesados; pero como la caza mayor es muy distinta de la menor, no es un inconveniente esta circunstancia, que se ha exagerado también mucho (pues hay rifles de dos cañones de siete libras ó poco más), y además creo que sea prueba convincente de su conveniencia el que para caza mayor no se usa otra arma en toda Europa, excepto en España, sin hablar de América, donde es por decirlo así el arma general. Cuando se trate de armas especiales, diremos algo más sobre este punto.

En la limpieza y conservacion de las armas debe poner mucho cuidado el cazador, y hacerlo por sí mismo, sin fiarse de criados, que casi todos no tratan más que de salir pronto del paso, cuidándose poco de que el arma se deteriore ó estropee, pues como ellos no la han de usar ni reponer, les es indiferente; y si á consecuencia de su incuria sucede cualquier fracaso, el amo, y no ellos, es quien padece.

Para limpiar bien una escopeta se quitarán los cañones, se guarnece con estopa fina el porta-estopas del lavador hasta el

grueso del calibre, se entran los cañones en un cubo ó cazuela de *madera*, que contenga lo ménos una azumbre de agua tibia, se moja la estopa y se introduce en el cañon hasta la recámara, y se le hace subir y bajar de extremo á extremo doce ó quince veces en cada uno; se tira el agua primera y se mudan las estopas, enjugando con un trapo el lavador para quitarle la suciedad que haya tomado; se pone agua más caliente y se repite la operacion hasta que salga clara; entónces se ponen los cañones boca abajo y con las chimeneas hácia arriba, al sol en verano ó junto á la chimenea en invierno, para que escurran la poca humedad que les haya quedado; estando secos y calientes se les pasa el lavador con estopa seca, frotándolos para que la corriente del aire los concluya de secar perfectamente: despues se quita el porta-estopa y se pone en su lugar la grata, subiéndola y bajándola media docena de veces por los cañones para desprender el plomo que se haya adherido á sus paredes, cuidando de ponerlos luego boca abajo para que este polvo no se quede en el conducto de las chimeneas: últimamente se pasará por dentro y por fuera un trapo muy ligeramente humedecido con aceite.

Las chimeneas no deben quitarse sino de tarde en tarde para no gastar las roscas; cuando se ponen se les debe untar ligeramente con una gota pequeña de aceite bien puro, y aun mejor con un poquito de sebo purificado. Los martillos y las partes de las llaves que han recibido el fuego ó humo de los pistones se limpiarán primero con un trapo humedecido con agua, y despues de secarlas, se les pasa otro con muy poco aceite. Las llaves no deben quitarse más que tres ó cuatro veces al año para limpiarlas, y renovar las gotas de aceite que se les pone en los puntos de roce, y que con el tiempo se pone como goma ó resina. Al mismo tiempo se limpiarán y untarán los gatillos y el pequeño muelle que los mantiene apoyados contra la gacheta ó disparador. Al volver á colocar las llaves se les debe poner un poco de sebo todo al rededor de los ajustes de la madera para impedir la introduccion de la humedad y el polvo, y tener presente el empujar los gatillos hácia adelante para que las colas de las gachetas

entren bien á su sitio. Por olvidarse de esto he visto estropearse una de las mejores escopetas inglesas que ha hecho Lancaster.

De ningun modo se tirará con pólvora sola despues de limpia el arma bajo pretexto de resecarla, pues solo se consigne ensuciarla inútilmente, y si se tarda en volverla á usar es fácil se pique el cañon, y una vez picado un cañon, tiene muy mal remedio, y se puede comparar con un principio de gangrena que por regla general produce más ó ménos tarde la destruccion del cuerpo al que ataca. Lo mismo digo del uso de los pistones sin que su gas se mezcle con la pólvora, pues aunque sea su mezcla de la que llaman anticorrosiva, ataca al cañon de modo que á las pocas horas de haber tirado con piston solo, quitando el culatin se vé oxidado.

Si por casualidad ó torpeza de un criado han entrado el lavador con estopa seca en el cañon y se agarra, en vez de tratar de sacarlo á la fuerza, con riesgo de falsear el cañon ó por lo ménos de romper el lavador, se echará en el cañon agua hirviendo, y dándole vueltas al lavador, se podrá sacar.

Vuelta á armar la escopeta, se pondrá en la boca de cada cañon un taco grueso de fieltro engrasado con una hebra de bramante pasada al través de los dos, para sacarlos con facilidad, y otros más delgados ó una tira de paño engrasado tambien entre las chimeneas y los martillos, con lo cual no entra ni polvo ni humedad y se conservan en buen estado.

Se debe procurar siempre, que para fregar y secar los cañones apoyen los extremos sobre *madera* para evitar que se lastimen y luego no ajusten bien.

Ahora pasaremos al uso del arma.

M.

(Continuará.)

MONTERÍAS. (1)

EL GAMO Ó PALETO.

Los gamos son muy parecidos al ciervo, pero jamás se juntan ni se mezclan, y solo cuando en los parques cerrados hay de ambas clases, es cuando viven en un mismo terreno; en el campo libre se evitan, ó mejor dicho, se huyen unos de otros. Tampoco

se juntan con los corzos, aunque se parecen algo, si bien son de mayor tamaño, de cuerpo más largo y ménos esbelto, la cola es pequeña y negruzca, y el color de su piel leonado y blanquecino por la parte inferior del cuerpo. Las cuernas de todos los gamos se renuevan como las de los ciervos, pero más tarde; estas son anchas y encorvadas hácia dentro, y necesitan el mismo tiempo para recobrarlas; á los ocho meses de edad les nacen unas pequeñas cuernas rectas, que se denominan entre los cazadores huseros; sin duda tendrá su etimología en que son como los husos que gastan las mujeres para hilar: su brama principia tres semanas despues de la del ciervo, y lo hacen con voz más baja y no tan á menudo; no abusan tanto como el ciervo, á pesar de diferenciar de hembras; así es, que concluida la brama no se les advierte desmejoramiento alguno; tienen mucha vista, olfato y oido; son más amables y se domestican con facilidad, y aunque carecen de tanta agilidad como el corzo y el ciervo, tienen en compensacion más fuerza y astucia para evadirse cuando se les persigue: como son más pequeños, dejan ménos impregnada la huella, razon por la cual los perros se desorientan y se hace más difícil esta cacería que la del ciervo.

A los dos años entra en calor la gama; está preñada ocho meses, y produce generalmente un gamezno; alguna vez dos. Su carne es mucho mejor, más fina y de mejor comer que la del ciervo, aunque no tan buena y delicada como la del corzo. Se caza como el ciervo; es decir, de los mismos medios que se vale un cazador para el uno, se sirve para el otro; de modo que la caza del ciervo y la del gamo no tienen variedad alguna. Pero encargo mucho que cuando se verifique esta caza en mano, sea con perro muy maestro, y que se tenga presente que la res de pelo hace dos encamos al dia; que el atalayarlas es el descanso del cazador; que cuando salen del encamo lo hacen pico á viento y buscando el monte claro, por lo cual puede el cazador esperarlas á la salida, pero con muchísimo cuidado de no echarlas el viento, el que varía algunas veces en todo tiempo hasta las tres de la tarde, en que se fija, no olvidando los revocos que pueda haber por la desigualdad del terreno. Con estas prevenciones y gran silencio podrá el cazador lograr el premio de su trabajo.

Si fuesen dos los cazadores podrá el uno apostarse oculto á la salida de la res, y el otro marchar directamente donde se la vió encamar, que como lo hacen con el aire á la cara pronto lo sentirá y partirá donde se apostó el compañero, el que podrá tirarla.

EL CORZO.

Este es el más pequeño de las tres especies: su pelo es lustroso y de color que tira

(1) Véanse los números 1, 4, 5 y 6.

á ceniciento, y blanco por la bragadura; la cabeza chata; el hocico negro; los ojos hermosos y vivos; las orejas medianas; el cuello largo; el cuerpo recogido y de formas redondas, no tiene cola; las piernas son largas, delgadas y descarnadas, y las pezuñas hendidas; cuyas circunstancias le hacen uno de los animales más bonitos y de más gallarda presencia.

Los machos son mayores que las hembras y tienen sobre la frente dos cuernas pardas de exterior más áspero que las de los ciervos y gamos, y mayores ó menores segun su edad, con una punta hácia delante y el extremo en figura de horquilla, las que desmogan todos los años por otoño y renuevan por el invierno. Su ligereza y soltura son extremadas, tanto para la carrera, como para saltar cualquier obstáculo que se le ponga por delante. Son muy tímidos, al paso que astutos y diestros para evadirse de la persecucion de los perros; pero en cambio estos dan fácilmente con ellos por el mucho rastro que dejan impregnado en la huella; tienen mucho oído, vista y un gran instinto.

El celo ó brama dura unos quince días, que principia á mediados de Octubre. Las corzas están preñadas cinco meses y medio, y paren á mediados de Abril dos corcillos, que por lo regular son macho y hembra.

Los corzos habitan generalmente, en la primavera, en los lucinares y con particularidad si hay siembras inmediatas, en cuyo caso acostumbran á hacer en estas sus crias: en el verano á lo más espeso de los montes y sierras muy elevadas; en el invierno se bajan á los terrenos más suaves y abrigados. Su comida es el *pasto*, los *espinos* y algo de los renuevos de las carrascas, etc., y en la primavera *pasto* y los botones y hojas de los árboles: beben pocas veces, y para eso buscan las aguas más cristalinas.

La carne de los corzos es de un gusto excelente, y su calidad depende principalmente de la edad y de los parajes donde habita.

C. HIDALGO.

SOBRE EL USO DE LAS ARMAS ENVENENADAS.

Segun una tradicion de la India, cuyos moradores, á consecuencia de su carácter pacífico por excelencia, han cedido á todas las invasiones que se registran en la historia, desde los vasallos de Poro hasta los *coolies* de nuestros días, no fué permitido al gran Alejandro entrar en el Paraíso con las manos manchadas de sangre y respirando venganza, como quien solo vive en la guerra y en la conquista. Pero si algo faltase á la inhumanidad que se manifiesta primero en la tribu con intestinas discordias, más tarde en la nacion con las guerras civiles, y

por último, entre países que apenas se conocen; el génio de la guerra se encargó de proporcionarlo acudiendo al empleo de armas envenenadas que ya encontramos en los pueblos salvajes, y que solo muy lentamente fueron abandonando las naciones que se preciaban de civilizadas.

Desde los tiempos heróicos de Grecia contó con esta diabólica invencion la ingeniosa perversidad humana. Si recordamos el lastimoso relato de las flechas de Filoctetes, robadas por Ulises como el más astuto de los capitanes argivos, y la triste descripcion que de los dolores y agonía del primero nos ha dejado uno de los grandes trágicos, razon tendremos para lanzar el más severo anatema contra los tiempos heróicos, en que el valor no sabia manifestarse sin la crueldad, así como sin la inhumanidad la victoria. Y así, dejando los precedentes de la antigüedad clásica, preferiremos siempre los del pueblo hebreo, consignados en los sagrados libros, por más que se haya repetido hasta la saciedad que no hubo guerras más crueles que las sostenidas por el pueblo de Dios con los cananeos para consumir la conquista de la Palestina. ¡Cuán horribles nos parecerán siempre á su lado las *criptias* ó cazas de los ilotas á que se entregaban los jóvenes lacedemonios, y la negacion de todo derecho al extranjero que halló cabida en sentenciosas frases hasta en las Doce Tablas de los Romanos!

Si la guerra será siempre una de las grandes calamidades de la humanidad, jamás habrá más segura medida de la civilizacion de los pueblos que la manera de hacerla, desde la eleccion de las armas y la disposicion de los movimientos de un ejército, hasta el trato de los vencidos: las estratagemas bélicas que en un volumen nos transmitió Polieno para honrar en su concepto á los grandes conquistadores de la antigüedad, tórnanse á la luz de la moderna crítica en eterno padron de ignominia para los mismos. Solo despues de la aparicion del Cristianismo fué posible comprender que durante la guerra no cesan entre los hombres todas las relaciones de derecho, y que si debe sostenerse la paz, como si desde luego debiera comenzarse la guerra, con mucha más razon debe hacerse esta, como si la paz viniese á restablecer á poco tiempo las buenas relaciones entre los individuos de un mismo país ó entre los nacidos en diferentes pueblos.

Tales son las reflexiones con que juzga la ciencia moderna los adelantos en el arte de la guerra y la aparicion de nuevos sistemas en la estrategia y en la fortificacion, y en las armas, así blancas como de fuego. Al perfeccionarse los medios de hacer la guerra, se consiguen desde luego dos ventajas: las fuerzas de los contendientes tienden á equilibrarse haciendo más iguales los com-

bates, y la decision de la lucha es más pronta y definitiva. Por eso la invencion de la pólvora hizo ménos desastrosas las guerras; por eso los romanos destinados á mandar los pueblos, tomaron de todos los que trataron las armas que les parecieron más convenientes, desde la espada de los españoles, hasta las flechas de los cretenses, de los isleños de las Baleares y de los partos, que peleaban huyendo.

Por eso llegó un dia al finar la edad media en que las terribles fortalezas levantadas en las más altas peñas, quedaron desiertas, y se abrieron á la reja del arado los vastos terrenos que antes se destinaron á guardias de ladrones y atrincheramiento de señores rebeldes á las leyes, terminando al mismo tiempo su dominacion como poder del Estado, y su tiranía como poder local en las comarcas que desolaban hasta con sus expediciones de recreo. Si es cierto, como algunos suponen, que debemos á los árabes la introduccion de la pólvora en Europa, contemos este entre los beneficios que á la civilizacion general hicieron los terribles invasores del Mediodía. Verdad es que el valor individual desapareció para siempre como elemento decisivo en la suerte de las batallas; pero en cambio las cualidades intelectuales y morales de los jefes brillaron más que nunca; y en concepto del hombre pensador y filántropo, valdrá más que Aquiles, cuyo corazon, únicamente accesible al sentimiento de la amistad, convirtió este en principio de sanguinaria guerra, el prudente Ulises, que sin derramar una gota de sangre y robando el Paladion de los troyanos, precipitó la ruina de la ciudad vencida.

Los medios empleados para la guerra, ó sean las armas, pueden dividirse desde luego en ofensivas y defensivas. Cuanto condena las primeras, otro tanto ensalza el uso de las segundas la filosofía. Un libro sagrado de los chinos (1) coloca entre los héroes á los que inventaron estas, suponiendo en la guerra un mal necesario, y no sin razon se trasformó el escudo, la principal de esta especie, en signo honorífico, destinado á recordar el honor de las familias, y excitar en los hombres los sentimientos del religioso y del caballero. Pero si á las ofensivas, que unas veces se emplean á larga distancia contra hombres que nos son desconocidos, y otras contra los que están separados de nosotros por unos cuantos pasos, de manera que pueden presenciarse la agonía y la muerte del contrario, se añaden nuevos perfeccionamientos que las hagan más terribles y certeras, ¿quien negará que la civilizacion, al proscribirlas, ha dado un paso agigantado, que hoy tal vez no sabemos apreciar porque afortunadamente en la

actual manera de hacer la guerra ni se conocen ni aun se comprenden? Si tal pensamos ¿con qué interés y al mismo tiempo con qué complacencia no debemos vernos tan distantes de aquellas edades en que se usaron, y tan otros en civilizacion y costumbres, al comparar en este punto á los antiguos y á los modernos!

En la antigüedad formaba parte de las ciencias ocultas el escaso caudal de conocimientos en las naturales, que daba por resultado distinguir, usar y remediar la aplicacion de los venenos: cuéntase de ciertos pueblos del África, los Psillos, que atraian y domesticaban las serpientes más temibles. Locusta y otras cien mujeres amaestradas en su escuela, cuyos nombres no ha conservado la historia, vendian su funesta ciencia en las antecámaras del palacio de Roma, donde eran más buscadas, y en la morada de los que deseaban que alguien pereciese: la edad media, sutilísima en la confeccion de venenos en alimentos, vestidos y otras formas que hoy nos parecen increíbles y aún absurdas, se adelantaba mucho á los tiempos de la inolvidable marquesa de Brinvilliers y del caballero Sainte-Croix; pero el lento progreso de los siglos relegaba el uso de las armas emponzoñadas á los países completamente salvajes, que el ansia de aventuras y conquistas iba descubriendo en el continente americano. Allí, segun Acosta, Gumilla y otros, se extraian del fondo de las selvas tan perniciosos simples, que mediando el menor descuido, se confesaba impotente para su remedio la ciencia: el *curare*, veneno favorito de los indios de la América meridional, diezaba las infelices y poco numerosas naciones que ocupaban aquellos extensos territorios; y la naturaleza, avara siempre en descubrir sus secretos á los investigadores, parecia burlarse de la humana curiosidad, revelándole solamente la manera de destruirse mutuamente. Á la debilidad acompañaba como siempre la traicion y el uso de cuantos medios escogita la perversidad: llenas están las historias de lamentables casos de muertes debidas á una ligera herida que hizo mortal un reprobado invento.

Aunque hemos dicho que al extenderse la civilizacion se iban desterrando tales crímenes, aún muy entrada la era moderna se registran sucesos de esta indole. Leemos en un curioso manuscrito de la guerra de las Alpujarras, sostenida por los moriscos en tiempo de Felipe II, estas observaciones nacidas al correr de la pluma en el ánimo del autor:

«Más porque se va perdiendo el uso (de las armas con yerbas) con el de los arcabuces; como se olvidan muchas cosas con la novedad de otras, diré algo de su naturaleza. Hay dos maneras: una que se hace en Castilla en las montañas de Béjar y Guadarrama (este nombre llaman los antiguos Oros-

(1) Los cuatro libros clásicos de los chinos Confucio y Mencio, trad. de Pauthier.

peda y al otro Idubeda), cociendo el zumo de vedagambre, á que en lengua romana y griega eleboro negro, hasta que se hace correa, y curándole al sol lo espesan y dan fuerza; su olor agudo, no sin suavidad; su color oscuro, que tira á rubio. Otra se hace en las montañas nevadas de Granada, de la misma manera, pero de la yerba que los moros dicen rejalgar, nosotros yerbas, los romanos y griegos acónito, y porque mata los lobos licooton; es color negra, olor grave, prende más presto, daña mucha carne; los accidentes en ambas los mismos; frio, torpeza, privacion de vista, revolvimiento de estómago, arcadas, espumajos, desflaquecimiento de fuerzas hasta caer; envuélvese la ponzoña con la sangre, donde quiera que la halle, y aunque toque la yerba á la que corre fuera de la herida, se retraba en ella y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; más antes que llegue hay todos los generales: chúpala para tirarla afuera, aunque con peligro. *Pesi* los llaman en la lengua de Egipto los hombres que tenian este oficio.

»El particular remedio es zumo de membrillo, tan enemiga fruta de esta yerba, que donde quiera que la alcanza el olor, le quita la fuerza. Zumo de retama, cuyas hojas machacadas he yo visto lanzarse por la herida, cuanto pueden, buscando el veneno hasta topallo y tirallo afuera. Tal es la manera de estas ponzoñas, con cuyo zumo untan las saetas envueltas en lino, porque se detenga la simpleza de nuestros pasados, que no conocieron manera de matar personas, sino á hierro, puso á todo género de veneno nombre de yerbas.»

Aunque no creemos, con el cronista de la guerra de los moriscos, que del todo se iban perdiendo en aquella fecha tan detestables conocimientos entre los que débiles y próximos á salir de nuestro país estudiaban con predileccion las ciencias naturales, entonces secretas, juzgamos conveniente recoger como datos útiles para la historia y convenientes para apreciar como se debe los adelantos de la civilizacion en los tiempos modernos, las observaciones que dejamos señaladas. Y para concluir las diremos, que cuando en nuestros dias los monitores americanos surcan los mares, y los fusiles del sistema Dreyser contribuyen con más celeridad que las ideas á formar, aunque sea ficticia, la tan deseada unidad alemana, al lado de estos adelantos en el arte de la guerra verificados en un país, se levantan otros en los contrarios que restablecen el equilibrio y hacen menos desastrosos los combates; ó para resistir al peligro urgente, se adoptan aquellas invenciones, no de otra suerte que los romanos débiles en el mar se crearon una marina copiando en breve tiempo una galera cartaginesa, y restablecieron con el empleo del garfio de abordaje

las condiciones de un combate en que antes llevaban marcada desventaja.

En nuestros dias es casi imposible que un secreto como el del fuego griego quede por mucho tiempo desconocido para los contrarios, y en honra de la civilizacion moderna deben proclamar los que estudian los pasados tiempos, que proscritas las invenciones que sin necesidad hacen más desastrosa la guerra, se ejercita únicamente el ingenio en buscar otras que, usadas en ambos campos, traigan por natural resultado el restablecimiento de la paz tras de un breve y decisivo combate.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

BATIDAS DE LOBOS Y ZORRAS.

Siendo necesario dar algunas batidas para la extincion de esta clase de cuadrúpedos, enemigos de la caza y del ganado, y que por todos conceptos son tan perjudiciales en todas las comarcas que habitan, voy á decir cuatro palabras sobre este asunto, sin pretensiones y con los más vivos deseos de que otros cazadores más prácticos y entendidos se ocupen de tan importante cuestion.

El tiempo en que nos encontramos es el más á propósito para esta clase de batidas. Para verificarlas, se reúnen gran número de escopetas y de ojeadores, segun la capacidad del terreno, y se trasladan al sitio en que ha de hacerse la cacería. Una vez en él, tanto las escopetas como los ojeadores se dividen en dos cuadrillas, segun lo disponga el jefe ó director de la batida, pues es indispensable que haya un jefe á quien todos en general obedezcan, para evitar un desorden que impediria el buen éxito de la cacería. El jefe deberá ir colocando las escopetas á veinte, treinta ó cuarenta pasos una de otra, por la orilla del monte, y siempre cara al viento; y si el terreno lo permite, deberá elegir un punto que esté cercano á la espesura en donde se conozca tienen su refugio los lobos y zorras. Los tiradores, una vez puestos, tratarán de ocultarse detrás de alguna mata, de manera que puedan á primera vista recorrer bien todas las avenidas, y estando con el mayor silencio.

El jefe recomendará á los cazadores: 1.º Que no tiren nunca al lobo ó zorra sino cuando esté perfectamente puesto á tiro y descubierto para evitar de esta manera una equivocacion que podria tener fatales consecuencias. 2.º Que no tiren hácia los lados en donde están sus compañeros, bajo ningun pretexto, pues tirando de frente ó un poco girado, todo lo que podria suceder es un fuego cruzado, sin ninguna consecuencia desagradable. 3.º Que aun cuando viesen alguna pieza mal herida, no salgan de sus puestos, permaneciendo con el mismo silencio que al principio. 4.º Que no hagan

fuego á ningun otro animal que á lobo ó zorra. Y 5.º Que oyendo cerca á los ojeadores no suelten ningun tiro, pues sería muy fácil ocasionar la muerte de alguno de ellos.

Hecho todo lo que llevo referido, á una señal convenida por el director de la batida, los ojeadores avanzarán todos provistos de palos, haciendo ruido por medio de ellos, dando voces y silbidos. Como llevo indicado para las escopetas, de la misma manera colocará el director á los ojeadores en una línea circular, principiando por la derecha á unos veinte pasos del primer tirador, extendiéndose al rededor del monte que se haya resuelto batir, viniendo á concluir á treinta ó cuarenta pasos del último tirador por la izquierda. Está bien probado que cuanto mayor sea el número de escopetas, y aun más que de estas de ojeadores, más seguro será el éxito de la batida; los ojeadores nunca deberán ir uno de otro más de quince á veinte pasos al principiarse, y de algunos ménos cuando la línea se haya estrechado avanzando.

Una vez hecha la señal convenida por el director, que deberá ser un sonido de la bocina ó trompeta de caza, se elevará sobre toda la línea el vocerío de *ahí vá, ahí vá*, repetido constantemente: en todas direcciones se oirá la bulla y algazara producida por los ojeadores, que avanzarán con el mayor orden hácia las escopetas.

Con semejante bullicio todo animal que se encuentre por delante de los ojeadores, debe salir en dirección á las escopetas; mas como la batida es solo para lobos y zorras, ya tengo dicho anteriormente que las escopetas solo tirarán á estos, dejando en completa libertad á toda clase de reses que pudieran presentárseles. Tanto el lobo como la zorra son animales muy astutos y de grandes vientos, por lo que acontece muchas veces, que conociendo el peligro de su vida, retroceden, y si encuentran un trecho de veinte ó treinta pasos entre los ojeadores, se pasan sin entrar en la batida, pues conocen perfectamente que el mayor peligro no está donde se oye el gran ruido; pero si los ojeadores van con orden, y el lobo ó zorra no encuentra la salida que busca, retrocede y entra en el ojeo, logrando tirarle alguna de las escopetas puestas.

Además sucede con frecuencia que suelen matarse algunos lobos en una sola batida hecha en terreno que esté infestado por ellos, y los que salen ilesos de ella, no vuelven á parecer, ni en aquel monte, ni aún en la provincia en algunos años. Por lo tanto, es de sumo interés para el fomento de la caza, el que se verifiquen estas cacerías en los montes de propiedad particular.

Hechas las anteriores indicaciones sobre el modo de hacer estas cacerías, me ocuparé del arma y municiones que deben emplear los cazadores. Como arma, la más con-

veniente, á mi corto entender, deberá ser la escopeta de dos tiros del calibre 16 ó 18, y como municiones, para los lobos, bala cónica ó rallon (1), y para las zorras, perdigones de los denominados zorreros, pues es muy sabido que con esta clase de perdigones se les causa la muerte; además, que se las deberá tirar á treinta ó cuarenta pasos *todo lo más, y si no paradas, andando muy despacio*: por lo tanto los cazadores deben tener cargados los cañones de su escopeta, el uno con bala, por si se presenta lobo, y el otro con perdigones zorreros para tirar á las zorras; llevando á la vez un cuchillo de monte, por si hubiera necesidad de hacer uso de él en cualquier incidente que pudiera ocurrir.

He terminado por hoy. Si las batidas proyectadas en el Real sitio del Pardo contra esta clase de alimañas, tienen efecto, no dudo que nuestro apreciable amigo el Sr. D. Carlos Hidalgo (2) nos dará las reseñas de ellas, haciéndonos conocer sus resultados con la inteligencia de que se encuentra adornado este antiguo y práctico cazador.

LUIS ORTEGA.

LA CAZA DEL REY DON SANCHE.

No solo ha sido y es el noble ejercicio de la caza una ocupacion propia para esparcir el ánimo y conservar el vigor y las fuerzas físicas, sino que en más de una ocasion ha servido de base á grandes empresas, como lo prueban los hechos históricos.

La tan celebrada union de las dos Castillas y las coronas de Aragon y Navarra, colocadas en las sienas de Fernando V el Católico, tuvo por principio el encuentro de un pequeño santuario olvidado años hacia en lo más fragoso de una sierra, donde en otro tiempo habia existido una ciudad que las guerras borraron por completo del suelo castellano. ¿Y quién hubiera ido á buscar en aquellas apartadas soledades el primer escalon de un trono que más tarde habia de sostener el imperio de dos mundos? No sería seguramente un conquistador, pues nada hubiera llamado ménos su atencion que aquellos áridos jarales. Necesario era, pues, que fuese un cazador, y un cazador entusiasta, el que persiguiendo encarnizadamente su presa, descubriese el oculto santuario que, como ya hemos dicho, debia ser la primera piedra del gran edificio que luego se llamó el reino de las dos Castillas.

(1) Rallon llaman los corsarios á un trozo de plomo cuadrado y largo como dedo y medio.

(2) El Director de este periódico se asocia á los deseos de su querido amigo el Sr. Ortega. —M. B.

À la muerte de Sancho de Castilla y Alfonso V de Leon, ocurridas, la primera en 1021 y la segunda en 1027, quedaban reinando en Castilla, que solo era condado, el joven Garcia II, y en Leon sucedió à su padre Alfonso, Bermudo III, mozo tambien de diez y seis à diez y siete años, unido en matrimonio con doña Jimena Teresa, hermana del conde castellano; y otra hermana del mismo, llamada doña Mayor, mayor tambien de edad, estaba casada con D. Sancho, rey de Navarra; de forma que los tres soberanos de Leon, Navarra y Castilla eran parientes en igual grado de afinidad.

Para estrechar más todavia estos lazos de familia, los nobles de Búrgos acordaron mandar un mensaje à Bermudo III, solicitando diese en matrimonio su única hermana al conde Garcia, y que con tal motivo consintiese en que dicho conde tomara el título de rey de Castilla.

Acogió el leonés con beneplácito la demanda, prometiendo acceder à los deseos manifestados por los burgaleses. Pocos dias despues el joven Garcia entraba en Leon para rendir homenaje à su futuro cuñado y besar la mano de su prometida. Pensaba volverse inmediatamente à Búrgos à llenar las formalidades para el matrimonio; mas antes quiso visitar el célebre templo de San Juan Bautista, en cuyos umbrales le acometieron varios conjurados de los Velas, de fatal memoria.

Un odio inveterado hacia que estos nobles desearan vengar en el hijo de Sancho de Castilla antiguos agravios, viniendo à recargar con horribles colores el trágico cuadro de tan criminal asesinato la circunstancia de que el mayor de los tres hermanos Velas habia tenido en sus brazos en la pila bautismal al niño Garcia, y por un refinamiento de bárbara crueldad, quiso ser él quien le diese el golpe mortal, no bastando à detenerle ni lo sagrado del lugar, ni la juventud é inocencia de su indefensa víctima.

De este modo vino à extinguirse la línea masculina del ilustre Fernan Gonzalez, tercer abuelo del desgraciado Garcia.

La muerte del conde hizo que el importante Estado castellano viniese à quedar expuesto à las pretensiones del más osado ó más ambicioso de los dos monarcas convecinos, que por otra parte tenían algun derecho à él por sus mujeres doña Jimena Teresa y doña Mayor, esposa la una de Bermudo III y la otra de Sancho el Grande de Navarra.

Era este último de carácter arrojado, valiente y emprendedor: de modo que pronto se presentó en Castilla con un poderoso ejército, apoderándose del país como de una herencia que de derecho le pertenecía.

Al propio tiempo los asesinos de Garcia vieron caer sobre sí uno de esos terribles vengadores,

de quienes en sus ocultos designios suele valerse la Providencia para castigar los grandes crímenes.

Habíanse refugiado los Velas à su castillo de Monzon, fortaleza situada en una colina à orillas del rio Carrion, y en el mismo lugar que hoy existe la villa de su nombre. Allí los fué à buscar el rey de Navarra, y tomó el castillo por asalto, degollando à todos sus moradores, excepto à los asesinos de Garcia, que fueron quemados vivos por órden del nuevo soberano.

Cumplido este deber de justicia, el heredero y vengador del malogrado conde pasó à Búrgos, donde se hizo reconocer por los nobles como duque soberano de Castilla.

De este modo D. Sancho de Navarra llegó à encontrarse el más poderoso de los monarcas cristianos; mas no por eso estaban satisfechas sus grandes y ambiciosas miras.

La facilidad con que se apoderó del país no hizo otra cosa que despertar en su ánimo el deseo de nuevas campañas y la proximidad del reino de Leon, así como la corta edad del monarca que le gobernaba, le excitaron à emprender su conquista.

Érale, sin embargo, necesario un pretexto para el rompimiento con su cuñado Bermudo, y llevar las armas à un territorio sobre el cual carecia absolutamente de derechos que alegar, cuando su extremada afición à la caza, diversion à la que dedicaba con ardor cuantos momentos tenia desocupados, vino en su ayuda, proporcionándole lo que tanto deseaba.

Al entregarse D. Sancho por vez primera à su recreo favorito en el terreno castellano, quiso desplegar todo el lujo y suntuosidad de que podia disponer; así que nada faltaba en aquella famosa cacería, cuyo objeto, además del solaz, era hacer ostentacion de la fuerza y riqueza del nuevo soberano, demostrando al mismo tiempo cuán tranquilo estaba su ánimo entre sus recién conquistados súbditos.

Lo quebrado y árido del país hacian que solo fuese à propósito para la caza de montería, pues careciendo de árboles, las aves no se dejaban ver sino muy rara vez: por lo tanto eran inútiles los halcones y gerifaltes, de que tanto se usaba en aquel tiempo para la cetrería. En cambio nada tan magnífico como sus bien ordenadas y numerosas traillas, en que descollaban los valientes perros normandos, bretones y sajones, perfectamente adiestrados. La nube de monteros que seguia al rey era un verdadero ejército, por su número casi fabuloso. Verdad es que, en la ocasion à que nos referimos, se hallaba el monarca navarro en el caso de desplegar tanta fuerza como fausto y esplendor.

Salieron, pues, el indicado dia, y desde muy

temprano la caza se manifestó abundante y variada, con lo cual el entusiasmo de los cazadores fué en aumento, y en cuanto al de D. Sancho no conoció límites.

Varias piezas habian mordido el polvo, cuando un gran jabali, herido por el rey y acosado por los alanos, se internó en lo más fragoso de la sierra: perseguíale el monarca con el ardor é interés de verdadero cazador, cuando vió que el animal se entraba en una gruta. No por esto desistió: entró tambien sin vacilar en pos de la fiera con resolución de rematarla; mas al levantar la mano para arrojar un venablo, se sintió inmóvil. *Entonces reparó en un altar situado en el fondo de la caverna con la imagen de San Antolin, y atribuyendo la parálisis repentina del brazo á castigo de su desacato, pidió al santo perdon, haciendo voto de edificarle un templo en aquel mismo lugar, con lo cual recobró el uso de dicho miembro y volvió á reunirse con los suyos.*

Tornóse D. Sancho á su córte de Navarra, y determinó llevar á cabo el cumplimiento de su voto. Entonces supo que el santuario hallado por él, estaba en el solar de la antiquísima Palencia, ciudad de algun renombre en tiempo de la dominación romana, 250 años antes de Jesucristo; y que el tiempo y las guerras la habian destruido, convirtiéndola en bosque de jarales, propio para habitación de fieras. Estas noticias le sugirieron la idea de reedificar la ciudad, y en ella el templo prometido á San Antolin; mas á este proyecto opúsose el monarca leonés, alegando pertenecer *aquel territorio á sus dominios. Sostenia lo contrario el de Navarra, y el altercado produjo un rompimiento entre los dos príncipes, que era lo que D. Sancho apetecia.*

Hallábase en dicha ocasion ocupado D. Bermudo en sofocar una revuelta ocurrida en Galicia, y estos momentos escogió el activo navarro para invadir el reino de su cuñado. Vinieron á las manos las dos huestes, pero los obispos de uno y otro bando se presentaron como mediadores, y se firmó una paz cuyas principales condiciones eran: el casamiento de D. Fernando, hijo del rey don Sancho de Navarra, con Sancha, hermana de Bermudo III de Leon, antes prometida esposa del malogrado Garcia; y que dicho D. Fernando tomaria el título de rey de Castilla, mientras que su mujer le llevaria en dote todo el territorio comprendido entre el Cca y el Pisuerga.

De este modo empezó la union de las coronas de Leon, Castilla y Navarra en una misma cabeza; pues si bien Sancho el Grande repartió á su muerte, acaecida algunos años despues, el vasto imperio que se extendia hasta más allá de los Pirineos entre sus cuatro hijos, Garcia, Fernando, Ramiro y Gonzalo; despues de graves disturbios, que debilitaron mutuamente su poder, solo

Fernando tuvo más maña ó mayor perseverancia para conservar y agrandar su poder, reuniendo en sus sienes las dos coronas, base primordial de la futura unidad de la monarquía española, que empezando en Fernando I el Magnánimo, llegaría al apogeo de su gloria en Fernando V el Católico.

Hé aquí, pues, cómo la famosa cacería del rey D. Sancho puso la primera piedra en el grandioso edificio de la unidad castellana, para que más tarde, haciendo uso de la fuerza que dá la alianza, llevasen á cabo la gloriosa reconquista total del reino, de manos de los infieles, que siete siglos habian disfrutado la posesion de lo más fértil y ameno del hermoso suelo español.

SOFÍA TARTILAN DE ESCOBAR.

EL CAZADOR DE COCODRILOS.

POR A. GARREAU.

El huésped más temible y más comun de la baja Luisiana, despues de la serpiente de cascabel, es sin duda alguna el cocodrilo que infesta los innumerables lagos y rios que bañan el país.

¡Cuántas veces me ha ocurrido en la caza del corzo, ver al animal perseguido hasta el último trance, precipitarse en una laguna para escapar al mortífero colmillo de los perros, próximos á cogerle, y á estos, ciegos por el ardor de la caza, precipitarse en seguida tras de su presa, y desaparecer á poco, perros y corzo, arrastrados al fondo por los caimanes que poblaban su lecho!

Cuando los perros no se hallan excitados por el ardor de la caza, no hay ejemplo de que se aproximen al borde de los lagos ni de los riachuelos, porque saben el peligro que allí les aguarda.

Felizmente los cocodrilos atacan rara vez al hombre, es decir, al hombre *blanco*, porque en cuanto á los negros muestran por ellos particular predilección, y sucede con frecuencia que salgan á tierra en busca del imprudente esclavo que se duerme en las inmediaciones de los rios en que habitan.

Los niños, cualquiera que sea su color, tienen tambien el triste privilegio de ser una presa muy apetecida por este terrible habitante de las aguas de la Luisiana.

Si los negros tienen que temer los ataques de los caimanes, estos, en cambio, no tienen enemigo más encarnizado, más diestro, más perseverante que el negro, que gusta extraordinariamente de la carne del reptil, especialmente de su cola.

En el mes de Junio del año 1848, yo abandoné á Nueva Orleans, donde se desarrolló la fiebre amarilla, huésped más peligroso y más temible para los extranjeros que todas las serpientes y

cocodrilos reunidos, y tomé pasaje á bordo del *Saint-Mary*, uno de los más hermosos buques que surcan aquellas aguas. Iba á visitar las llanuras de Attakapas, donde me esperaba esa hospitalidad criolla, no ménos célebre, y probablemente más agradable que la hospitalidad escocesa.

Después de haber subido unas cien millas por el río, cambiamos de dirección, y la quilla de nuestro buque comenzó á cortar las ennegrecidas aguas del *Teche*. No tuvimos lugar de echar de ménos el grandioso espectáculo que acabábamos de dejar, en presencia del que las orillas del *Teche* presentaban á nuestra vista. Los bosques sombríos y misteriosos que ocupan sus riberas, formaban sobre nuestras cabezas una inmensa bóveda verde, y á no tener la seguridad de que estábamos embarcados, hubiéramos podido creerlos bajo la solemne y sombría bóveda de una catedral gótica.

Acaso aquellos bosques entonces inexplorados hayan desaparecido, gracias á la actividad de los americanos, y hoy haya en el sitio que ocupaban, pueblos ó campiñas erizadas de cañas de azúcar.

Todos los pasajeros, aunque acostumbrados á la suntuosa majestad de este espectáculo, admiraban como yo aquellas enramadas llenas de cantos y de murmullos, que los rayos del sol atravesaban á trechos como haces luminosos, proyectando en el suelo tapizado de verdura la forma de las ramas.

Quando digo que todos los pasajeros admiraban como yo, me engaño. Desde el principio del viaje yo había notado á un hombre sombrío y taciturno, que se mantenía siempre en expectativa, sin hablar con nadie. Lo había tomado por un *yankee* del Norte, completamente absorto en los cálculos de una de esas formidables especulaciones que solo es capaz de concebir la cabeza de un comerciante americano. Podía tener cuarenta años. Su sombrero de alas anchas le cubría casi enteramente el rostro, y estaba sentado en una banqueta entre dos enormes fardos. Su cabeza iba constantemente entre sus manos, y no abandonaba esta posición sino cuando la campana del buque anunciaba la hora de comer. Entonces se levantaba, iba á colocarse cerca de la mesa, ó se mantenía en pié como la mayor parte de sus compatriotas cuando toman un lunch; tomaba una lonja de roastbeef con una patata, y después de beber una taza de café negro, volvía á ocupar su puesto en la especie de nicho formado por los dos fardos y se entregaba de nuevo á sus meditaciones.

Los demás viajeros, al pasar por donde estaba, le miraban con indiferencia, y luego no se volvían á ocupar de él.

Solo un niño de seis á siete años, blanco y rubio,

con esa indiscreta curiosidad propia de la infancia, se había colocado delante del sombrío yankee y le miraba con una persistencia capaz de acabar con la paciencia más exagerada. Parecía comprender que había en el aislamiento de aquel hombre algo más que un frío cálculo.

El niño acabó por llamar la atención del yankee, que levantó la cabeza.

Yo estaba sentado á corta distancia sobre uno de los bancos circuladores, y á pesar mio apartaba con frecuencia los ojos del magnífico cuadro que me ofrecía la ribera, para fijarlos en el sombrío viajero.

Eché de ver el movimiento que hizo para mirar al niño, y me sorprendió la inefable expresión de ternura y de benevolencia que brilló en su rostro, como un relámpago, que pasó en seguida, volviendo á bajar la cabeza no tan rápidamente que yo no viera una lágrima que surcaba su mejilla. Aquella lágrima fué para mí una revelación. Entonces adiviné toda una lúgubre historia en el pasado de aquel hombre, y comprendí que la vista de aquel niño había evocado en él dulces y punzantes recuerdos.

Entretanto, la bóveda de follaje que ocultaba el cielo á nuestras miradas, había desaparecido. Habíamos dejado el *Teche* para entrar en el lago *Chicot*. Hasta entonces nuestro vapor había volado sobre las aguas. De pronto se detuvo para no avanzar más que como un salvaje prudente, que acaba de reconocer la aproximación de un enemigo peligroso y no quiere dejarse sorprender.

Pronto tuvimos la explicación de este cambio en la marcha. Todos los viajeros se hallaban inclinados sobre las galerías y miraban. El agua del lago era trasparente y limpia, pero el fondo estaba literalmente entapizado de troncos gigantes que enviaban sus largas ramas en todas direcciones, haciendo subir algunas hasta á flor de agua. Cada una de estas ramas tenía tal vez que contar la historia de un naufragio. No hay ningún mar en el mundo que en el espacio de treinta años haya visto tantos siniestros como este lago de aguas tan puras y tranquilas.

Los árboles que erizaban el fondo del lago, gigantes de los vastos bosques americanos, después de haber sido arrancados de raíz por alguna tormenta, ó de haber caído á impulso de los años, han sido arrastrados por las torrentes á los ríos, y han ido por fin á detenerse en ciertos lagos como otras tantas amenazas contra los buques imprudentes que naveguen sin grandes precauciones.

Entonces comprendí de donde venía al lago el poco poético nombre de *Chicot*.

Alargando algo más nuestra vista, apercibimos una cantidad incalculable de puntos negros é inmóviles que parecían apoyarse en las puntas

de las ramas, elevándose sobre el agua á una altura igual.

Casi en el mismo instante una detonacion resonó en la galería superior. Uno de los puntos negros se agitó, moviendo violentamente el agua en torno suyo, y todos los puntos negros de las inmediaciones desaparecieron como por encanto.

—¡Hurrah! exclamaron los pasajeros.

(Concluirá.)

CARTAS DE JULIO GERARD

SOBRE LA CAZA DEL LEON.

II.

GHELMA (África).

Mi querido coronel: Llego de Mahouna, donde he estado veintidos días, y voy á daros detalles de mi encuentro con la leona de Ouled-Hamza.

Hacia mucho tiempo que esta leona atacaba los rebaños del aduar en donde me hallaba, y hacia algunos días que yo me afanaba en balde para encontrarla. Ayer fui más afortunado: despues de haber encontrado sus huellas, hice atar una cabra en su paso ordinario. No habian trascurrido diez minutos desde que estaba atada, cuando la leona asomó su cabeza por un lado del bosque, á quince pasos de la cabra, y despues de haber dirigido una investigadora mirada á derecha é izquierda, se lanza rápida sobre su presa; pero aun no habia avanzado dos varas, cuando una bala en la cabeza la derriba: la fiera hace esfuerzos desesperados para levantarse; por fin lo consigue, y una segunda bala le hace caer de nuevo.

Los árabes que guardaban el rebaño á cien metros de distancia, testigos de esta escena, corrieron hácia el lugar de la lucha prorumpiendo en gritos de alegría.

Entretanto la leona rugia sordamente revolcándose en un lago de sangre. Despues, arrastrándose sobre sus vacilantes miembros, hizo un esfuerzo supremo, y levantándose logró al fin internarse en el bosque.

Sin perder un instante cargué de nuevo mi escopeta y emprendí la persecucion de la fiera, siguiendo el sangriento rastro que dejaba á su paso. De cuando en cuando el herido animal se ocultaba de nosotros entre las malezas; yo buscaba un momento oportuno, pero nunca pude alcanzarle, para darle el golpe de muerte. La nieve y la lluvia concluyeron por rendirnos, y abandonamos la persecucion con ánimo de seguirla al día siguiente; pero la nieve continuó sin cesar y frustró nuestro propósito.

Los árabes por su parte me dieron las mayores pruebas de gratitud por haberles librado de aquel enemigo que venia á invernar todos los años entre sus ganados, y me prometieron, si el tiempo

mejoraba, penetrar en el bosque y traerme la víctima. Pero el temporal continuó invariable: la nieve no cesaba de caer, y yo no sé cuándo hubieran ellos podido cumplir su palabra.

JULIO GERARD.

VARIEDADES.

EL CAZADOR DE VOLATERÍA.

Miradle todo hecho un campeón:
Armada la escopeta, alta la frente,
Con airoso y afable continente,
Sin pena el alma, alegre el corazón,
Mirad como prosigue del pacho
Con paso firme, tardo ó diligente,
Atravesando el llano ó la pendiente
Do la caza dejara su peon.

El hombre que mirais está gozando,
Porque es en vida ese su elemento;
Todo el día le pasa caminando
Sin temores al sol, al frío, al viento:
Duerme en el suelo como en lecho blando,
Y un pedazo de pan es su alimento.

Y así se pasa el cazador los días
Lejos de un mundo necio y fastuoso;
Sin que se turben ¡ay! sus alegrías;
Que allí no es envidiado ni envidioso.
Estrofas canta en dulces armonías
Pasando el prado, en flores galanoso,
Y otras veces tranquilo en su destino
Á la sombra reposa de algun pino.

Sentado el cuerpo sobre verde alfombra,
Si el sol abrasador le dá fatiga,
Nada le causa miedo ni le asombra;
Que lleva su escopeta, fiel amiga.
La sien refresca bajo grata sombra
Quitándose el sombrero que le abriga;
Quema un cigarro, y entre el humo vago,
Apura la marraja con un trago.

Allí tranquila y expansiva el alma
El aroma respira de las flores,
Sin esperar más premio ni más palma,
Si alguna vez se agita con sudores,
Que gozar de la bella y dulce calma
Oyendo de las aves los primores:
Que tambien hay allí tiernos cantantes
En pájaros vistosos y elegantes.

La Filomena con su dulce acento,
Llena el aire de célica armonía:
Las demás aves, con oído atento,
Del rey cantor escuchan la alegría:
Y todas, expresando su contento,
Saludan en el alba un nuevo día.
¡Qué bello es contemplar una alborada
Cantando el ruiseñor en la enramada!

La marina y celosa codorniz
Al labrador anuncia su ventura:
Con su alegre reclamo la perdiz
De los montes celebra la verdura.
¡Pobre animal! ignora la infeliz
Que su canto de gozo y de ternura,
Hará que el cazador, con cierto tiro,
Abra su pecho al último suspiro.

Que el cazador, al punto, presuroso
 Aprresta el arma, cálese el sombrero;
 Guiado por el cántico armonioso,
 Porque del sitio quiere estar certero,
 La marcha emprende, y tal se cree dichoso,
 Que olvida por completo el mundo entero.
 Al sitio llega, el *Sultán* la espanta.....
 Y el plomo fiero quema su garganta.

¡Oh qué placer! con entusiasmo cuanto
 El cazador celebra su *victoria*,
 Y su gozo lo cree tan puro y santo
 Como noble y modesta vé su gloria.
 Yo pudiera decir que gozo tanto,
 Que grabados no tengo en mi memoria
 Unos días más gratos y felices
 Que aquellos en que fui tras las perdices.

«¡Que bruta diversion!» inoportunos,
 Suelen decir, de oficio los censores,
 De graciosos echándola los unos,
 Con énfasis los otros de doctores.
 ¡Oh vana presuncion! Acaso algunos
 A su vez necesiten correctores.....
 Dejad al hombre que á su gusto viva,
 Y duerma boca abajo ó boca arriba.

Dejad al hombre que su vida pase
 Como mejor le plazca y sea su gusto,
 Mientras que los deberes no traspase
 De la sana moral y de lo justo,
 Bien que viva soltero ó que se case;
 Bien que viva contento ó con disgusto:
 Pues siempre fué del hombre la quimera
 El vivir á su modo y su manera.

Tengan unos espléndidos festines;
 Hagan otros conquistas amorosas,
 Y, tiernos y galantes paladines,
 Ofrezcan á las bellas mirto y rosas;
 Cruen estos del mundo los confines
 Y acometan empresas peligrosas:
 Que yo solo deseche el mal humor
 Con el noble placer del cazador.

PASCUAL CAPDEVILA.

Cieza y Marzo 30 1867.

LA CAZA DEL MIRLO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

—Diga V.: un buen consejo es siempre de agradecer.

Al decir esto, tenia yo un placer en poderle dar de esta manera y de un modo indirecto aquella leccion.

—Pues bien, M. Lonet, lo que le digo es que se puede V. ir á acostar. ¿No venia de la cama? Pues vuélvase V. á ella y créame.

—La última pregunta, mi capitán, y perdone usted.....

—Diga V.

—¿Tenemos alguna esperanza de salvacion? Por Dios, esto lo pregunta un hombre casado y con hijos. Yo le decia esto para moverlo á compasion, porque, señores, la verdad, yo soy soltero.

El capitán, al parecer, se compadeció de mí; y yo me felicité en mi interior de haberme valido de semejante astucia.

—Diga V., M. Lonet, me dijo; yo bien com-

prendo todo lo que este lance tiene de desagradable para un hombre que no es de la profesion. Pues bien, si señor, hay una ligera esperanza.

—¿Cuál es? mi capitán ¿cuál es? Y si yo puedo servir de alguna cosa, disponga V. de mí como guste.

—¿Ve V. aquella nube negra, allí, al sud-sud-este?

—Sí señor, la veo; la veo perfectamente.

—Todavía no nos promete más que una ráfaga.

—Una ráfaga ¿de qué? capitán.

—Una ráfaga de viento. Ruegue V. á Dios que se convierta en una tempestad.

—¿Cómo es eso! ¡En tempestad! ¡Capitán!!! ¿No se naufraga de resultas de una tempestad?

—¡Bah! pues eso es lo ménos malo que nos puede suceder.

El capitán volvió á agarrar la pipa, y reparé, con mucho gusto mio, que se habia apagado.

—¿Antonio! gritó el capitán; ¡Antonio! ¿Dónde demonios te has metido, condenado?

—Aquí estoy, capitán, dijo el grumete sacando la cabeza por la escotilla.

—¡Corre! enciéndeme la pipa, porque ó me engañó ó pronto va á empezar la danza.

En aquel mismo momento apareció una pequeña nubecilla blanca en el costado del navio que teniamos más cerca, y despues se oyó un ruido sordo como cuando en el teatro se da un golpe en el tamboron: un pedazo de la muralla del brick saltó hecha mil astillas, y un artillero que estaba montado en la cureña para mirar mejor, vino á caer sobre mi espalda.

—¡Vamos, poco á poco! le dije yo; eso no tiene ni pizca de gracia: y como no se queria quitar de encima, le di yo un buen empujon y cayó al suelo. Entonces ya le miré con más atencion..... y..... ¡señores! le faltaba la cabeza.

Aquella vista me causó tal horror y me atacó de tal manera á los nervios, que sin saber cómo me encontré en lo más hondo de la bodega.

No supe cuánto tiempo permanecí en aquel sitio; solo sí que oí un cipizape de instrumentos de cobre, que no le habia oído jamás en el teatro de Marsella; y que despues de aquella gresca, empezó un acompañamiento de violon, que parecia que Su Divina Majestad estaba tocando la obertura del fin del mundo. Señores, confiese que soy pecador y que no me hallaba á gusto.

Por fin, despues de mucho tiempo advertí que el barco se movia ménos; aquel vaiven tan fuerte se iba calmando poco á poco. A pesar de eso estaria yo allí otra hora, y bien larga, sin moverme y muy tapado, hasta que observando que habia ya concluido enteramente el balance del barco, me resolví á subir por la escalera y me encontré en el entrepuente. Aquello estaba ya en calma, fuera de unos cuantos heridos que se veian tendidos en el suelo quejándose. Cobré ánimo y subí á la cubierta: estábamos fondeados en un puerto.

—¡Y bien! M. Lonet, me dijo el capitán Garnier dándome con la mano en el hombro; ya estamos aquí.

—En efecto, le respondí yo; me parece que estamos en sitio seguro.

—Gracias á la tempestad que yo habia previsto, los ingleses han tenido tanto que trabajar para salvarse, que no han tenido tiempo de ocuparse de nosotros, aunque les hemos pasado por entre las piernas: lo mismo que V. lo oye, por entre las piernas.

—¡Oh, oh! Como por entre las del Coloso de

Rodas. Ya saben Vds. que, segun refieren los historiadores, los barcos sufrían la humillacion de pasar por entre las piernas de aquel Coloso; y así es, continué diciéndole, que esas son probablemente las islas de Santa Margarita.

—¿Qué está V. diciendo?

—Digo, repliqué yo señalando una isla que se descubría en el horizonte, digo que aquella es la isla de Santa Margarita, donde estuvo encerrado el hombre de la celebre máscara de hierro.

—¿Esa? dijo el capitán.

—Esa, sí señor.

—Esa es la isla de Elba.

—¿Cómo la isla de Elba? repliqué yo; ó no sé palabra de geografía, ó no creo que la isla de Elba esté tan cerca de Tolon.

—¿Dónde cree V. que está Tolon, M. Lonet?

—Esta ciudad no es la de Tolon? ¿El puerto donde estamos no es el de Tolon? En fin, mi capitán, cuando nos dimos á la vela, ¿no deciais que navegábamos á Tolon?

—Mi estimado M. Lonet; ya sabe V. aquel refrán; el hombre propone y....

—Y Dios dispone, si señor, lo sé; es un proverbio muy filosófico.

—Y sobre todo muy verídico. Dios ha dispuesto....

—¿De qué?

—De nosotros.

—Pero.... ¿dónde estamos nosotros?

—Nosotros nos encontramos, M. Lonet, en Piombino.

—¿En Piombino! ¿Qué es lo que me dice V., capitán! Es decir, que si vamos así vendré á dar la vuelta á Marsella allá por las islas de Sandwich, donde mataron al capitán Cook.

—El hecho es que no lleva V. buen camino, M. Lonet.

—El hecho es que cada vez estoy mas lejos de mi patria, sí señor.

—Y yo tambien, que soy, si no lo sabe V., de la Bretaña.

—Pero bueno; ¿y cómo hemos de volver allá?

—¿A la Bretaña?

—No, hombre, no, á Marsella.

—Para eso, M. Lonet, hay dos medios; ir por mar, en mi barco....

—Muchas gracias, por ese ya está visto que llegaremos el siglo que viene.

—O por tierra, con la diligencia.

—Sí señor, yo prefiero ir por tierra; sí señor, mucho que sí.

—Pues bien, no hay por qué enojarse, M. Lonet, ahora mismo voy á disponer le dejen á V. en tierra.

—Se lo agradeceré infinito, Sr. Garnier.

—El capitán echó mano á la bocina y llamó una lancha que no estaba muy lejos.

Mi equipaje, ya saben Vds. que no era de consideracion; mi escopeta y el morral; á eso estaba reducido todo. Me despedí del capitán, deseándole un felicísimo viaje, y ya me disponia á bajar del brik, cuando.

—M. Lonet, me dijo aquel.

—Qué tiene V. que mandarme, le contesté arrimándome á él.

—Mi apreciable M. Lonet; ya sabe V., me dijo con cierto reparo y encogimiento, que entre compatriotas no se hacen cumplimientos.

—Sí señor, ya lo sé.

—Pues corriente, me entiende V.

—Sí señor, sí, corriente.... pero.... la verdad, ¿no entiendo lo que V. quiere decirme!

—Quiere decir.... repitió el capitán.

—Quiere decir.... repetí yo tambien.

—Pues bien; con dos mil demonios.... esto quiere decir, que si no tiene V. dinero, está mi bolsillo á su disposicion, eso es. Ahí está lo que quiere decir.

—Mi estimadísimo capitán, mil millones de gracias, le dije alargándole mi mano y estrechando la suya; pero yo estoy rico.

—¿Demonio! un artista....

—Tengo cien escudos en este pañuelo.

—Eso es otra cosa; si tiene V. cien escudos, puede V. ir hasta el fin del mundo.

—No deseo ir tan lejos, capitán; y si puedo pienso detenerme en cuanto llegue á Marsella.

—Pues entonces, feliz viaje! y no me olvide usted en sus oraciones.

—Aunque viva cien años no me olvidaré de usted, amigo mío.

—Adios, M. Lonet.

—Adios, capitán Garnier.

En seguida me bajé á la lancha, y el capitán, para seguirme con la vista, se pasó de babor á estribor.

—Y vaya V. al Húsar-francés, me gritó: il *Ussero-francese*, es la mejor fonda.

Estas fueron las últimas palabras que me dijo. Me parece que todavía las estoy oyendo; ¡pobre capitán!.... Apoyado en la muralla y fumando un cigarro, porque siempre reservaba la pipa para los momentos de mayor peligro; ¡pobre capitán!

M. Lonet se enjugó al decir esto las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Pero, ¿qué le ha sucedido?

—Le sucedió, señores, que tres meses despues una bala de á 36 lo partió por la mitad del espinazo.

Todos respetamos el dolor de M. Lonet al recordar la desgracia de su amigo; y para calmarle, Mery le volvió á llenar por tercera vez el vaso de ponche.

—Señores, nos dijo levantando el brazo hasta la boca, me atrevo á proponer un brindis que nada tiene de sedicioso: A la memoria del capitán Garnier.

Nosotros dimos gusto á M. Lonet, y él continuó su narracion.

V.

Me fui en derechura á la fonda del Húsar-francés, que encontré sin dificultad por hallarse en el mismo puerto. Pedí de comer; tenia un hambre terrible, porque segun Vds. habrán visto, solo comia una vez cada veinte y cuatro horas.

Despues de comer, encargué que me buscasen un carruaje para emprender mi viaje de regreso. Yo no podia olvidarme de que ignorando en el teatro de Marsella lo que me habia sucedido, habian de estar en la mayor inquietud; y es fácil de conocer que persuadido de esto, me debia dar prisa para volver cuanto antes á mi casa. Bien ajustada la cuenta, llevaba ya siete dias fuera de ella; y aunque es verdad que durante este intervalo no habia perdido mi tiempo, sin embargo, el resultado era que habia hecho otras cosas, y bien diversas de las que me proponia hacer.

Llamé hasta tres carruajeros diferentes, uno despues de otro, sin que lograrse hacerme entender de ellos, porque ninguno hablaba mi lengua; por fin ya vino el cuarto, que pretendia hablarlas todas, y en realidad no hablaba ninguna; aunque

gracias á aquella algarabía de francés, inglés é italiano, llegamos á entendernos. Su opinion era que por mi parte debia darle 30 francos hasta Florencia. Desde allí, me dijo, encontraría mil proposiciones para ir á Marsella. Como tenia mucho deseo de ver á Florencia, no tuve inconveniente en dar aquel dinero. Antes de separarse de mí, me previno que dos de los compañeros de viaje, de los cuales uno era también compatriota mio, querian que tomase el camino de Grosseto á Siennes para pasar por la montaña.—Nada tengo que decir contra la montaña, le contesté yo; si fuera contra el mar, ya sería otra cosa. Entonces me respondió que durante el viaje podría llevar enteramente vuelta la espalda al mar, y con eso quedé satisfecho.

Habíamos de salir aquella misma tarde para ir á dormir á Scarlino. A las dos estaba el carruaje á la puerta de la fonda, y ya venian en él los otros cuatro viajeros; el carruaje subió á llamarnos á mí y al otro francés, que estaba también alojado en la misma casa. Ya me encontró en la puerta, porque saben Vds. que mis preparativos de viaje eran muy cortos; mi morral y mi escopeta; siempre el mismo equipaje. Llamaron á M. Ernesto, y confieso que tuve mucho placer en oír un nombre francés.

Bajó M. Ernesto, que era un arrogante mozo, oficial de húsares, de 26 á 28 años; tenia la misma figura que la de la muestra de la fonda, á excepcion del grado. Metió un par de pistolas en los bolzones del carruaje, y se sentó á mi lado.

A poco rato conocí que M. Ernesto tenia algun motivo de disgusto, porque, al parecer, no iba contento. Como no le conocia lo suficiente para preguntárselo, quise por lo ménos distraerle con mi conversacion.

—¿Por lo visto es V. francés? le pregunté.

—Si señor, me respondió.

—¿Militar, tal vez?

Se encogió los hombros haciendo un gesto así de pocos amigos, á pesar de que la pregunta no tenia nada de indiscreta, estando, como estaba, vestido de uniforme. Conoci, pues, que no tenia gana de hablar, y me callé. Los demás viajeros hablaban solo en italiano; y como ya he tenido el honor de decir que no entendia esta lengua, no extrañarán ustedes tampoco que no me mezclase en su conversacion.

Llegamos sin decir una palabra á Scarlino, y nos apeamos en una malísima posada, en que pasamos una noche detestable; porque, con perdón de Vds., nos comian vivos los malditos insectos. Cerca de las tres de la mañana, cuando acababa de dormirme, nuestro conductor entró en mi cuarto y me hizo levantar: en aquel país extranjero parece ser esta la costumbre.

Tomé la escopeta y mi morral, y ya me disponia á tomar el mismo asiento que el día anterior, cuando al tiempo de ir á subir al carruaje, el conductor me detuvo diciéndome:

—Scuza, ecellenza; má le fusil il né pas carriqué, n'est cepás?

—Pregunta, me dijo M. Ernesto, si está cargada la escopeta.

—¡Ah! caballero, servidor de V., le dije yo. ¿Ha dormido V. bien?

—Muy bien.

—Pues entonces duerme V. con admirable felicidad. No me ha sucedido á mí eso; me han devorado; sí señor, me han devorado dos mil bichos....

—¡Andiamo! ¡Andiamo! gritaron los viajeros.

—¿El fusil no está carriqué? repitió el conductor.

—Si señor, está carriqué; respondí un poco picado de su impertinencia.

—Entonces bisogna le decarriqué.

—Caballero, dije al oficial, hágame V. el favor de servirme de intérprete y decirme qué es lo que quiere este hombre.

—Quiere que descargue V. la escopeta, por miedo tal vez de que ocurra alguna desgracia.

—¡Ah! ¡Ah! Eso es muy justo; respondí yo.

—¡No! ¡No! Déjelo como está, porque si nos asaltasen los ladrones, con su escopeta y mis pistolas podríamos tal vez defendernos.

—¡Ladrones! ¿Qué dice V.? ¿Podría haber ladrones en este camino? ¿De veras?

—¡Vaya! En Italia los hay por todas partes.

—¡Conductor, grité yo, conductor!

—Aquí estoy, señor.

—¡Ah, bien venido! Venga V. acá. Dígame usted, amiguito, ¿cómo no me ha advertido V. nada de que hay ladrones en el camino que llevamos?

—¡Avanti, avanti! gritaron otra vez los compañeros de carruaje.

—Vamos, vamos allá; suba V., me dijo M. Ernesto; ya vé V. que nuestros compañeros están impacientes, y que á este paso no llegaremos á Siennes hasta las doce de la noche.

—Espere V., caballero, que descargue la escopeta.

—Bisogna de carriquer le fusil, repitió el conductor.

—Nada de eso, al contrario, dijo el oficial; suba usted....

—Perdone V., caballero, perdone V.: yo soy del mismo parecer que el conductor. Si por casualidad encontrásemos á los ladrones, no quisiera que pudieran sospechar siquiera que habia tenido intencion de hacerles el más pequeño mal.

—¡Hola! Parece, segun se vé, que tiene V. algo de miedo, ¿eh?

—No lo niego, no lo niego: yo no soy militar; soy el cuarto bajo del teatro de Marsella; M. Lonet, cuarto bajo y servidor de V., repliqué yo haciéndole una cortesía.

—¡Ah, es V. el cuarto bajo del teatro de Marsella! Entonces debe V. haber conocido una preciosa bailarina que estaba allí hace tres ó cuatro años.

—Allí he conocido muchas y muy lindas bailarinas, porque mi puesto en la orquesta es excelente para eso. ¿Cómo se llamaba, caballero, sin que parezca indiscrecion?

—Zefirina.

—¡Oh! la he conocido mucho: dejó aquel teatro y se fué á Italia. Era una jóven muy ligera....

—¿Qué! dijo entredientes M. Ernesto.

—Esto se refiere solo á lo físico; y respecto de una bailarina, dije yo en un tono el más amable, esto es hacer de ella el elogio más completo.

—Enhorabuena.

—¡Dunque, che facciamo, non si parte oggi! decian los del carruaje.

—Un momento, señores, un solo momento. Me voy á separar un poco para descargar mi escopeta, no sea que se espanten los caballos por la doble explosion....

—Deme V. el fusil, dijo el conductor quitándome de las manos; yo le meteré en el cabriolé.

—Es verdad, hombre, no me habia ocurrido. Ahí va mi escopeta; tenga V. mucho cuidado con ella, porque es una arma excelente.

—Todavía más; ¿acabará V. de subir? me dijo M. Ernesto.

—¡Vamos, ya estoy aquí, ya estoy aquí!

Subí al carruaje, el conductor cerró la portezuela, ocupó su puesto y echamos á andar.

—Con que decía V....—esto se lo decía yo al oficial, muy contento de haber encontrado por fin una conversacion al parecer muy de su gusto: —¿con que decía V. que Zefrina?...

—Está V. equivocado, me respondió M. Ernesto; yo no he dicho nada.

Por el modo de responder conocí que ya no tenia gana de hablar más, y callé.

Señores, no me acuerdo de haber hecho un viaje mas fastidioso que aquel, ni por caminos mas espantosos: parecia que nuestro conductor tenia empeño en huir de poblado, y cualquiera podia figurarse con razon que caminábamos por un país desierto. Nos detuvimos á comer en una miserable cabaña donde nos sirvieron una mala tortilla, y advertí que nuestro carruajero estaba en conversacion con algunos hombres de muy mala catadura, lo cual me hizo concebir algunas sospechas. Bien hubiera querido comunicarla á mis compañeros de viaje, pero me parece que ya he dicho á ustedes que no sabia hablar el italiano; y en cuanto á M. Ernesto, habia tenido un modo tan seco de contestar á mis cumplidos, que me habia quitado la gana de repetirlos.

Por fin volvimos á marchar; pero el camino, en vez de mejorarse, cada vez era peor, tal que no hay palabras con que describirlo: aquellos eran verdaderos desiertos sin exageracion ninguna. Nos metimos en un desfiladero, que por un lado tenia montañas muy elevadas y por el otro un torrente; lo cual era más temible, porque la noche se nos venia encima á todo prisa. Nadie hablaba, señores, ni aun los italianos; solo de cuando en cuando se oian los juramentos y los reniegos del conductor que apaleaba á sus bestias. Pregunté si nos faltaba mucho para llegar á Siennes; todavia estábamos poco más ó menos á la mitad del camino.

Me ocurrió que durmiendo se me haria el camino mucho más corto; me acomodé lo mejor que pude en mi rincon, y cerré los ojos para llamar el sueño. Hasta hice algo por roncar; pero me despertaba, y abandoné este recurso por insuficiente.

Se dice generalmente que todo lo que se quiere se puede, y yo fui un ejemplo vivo de esta verdad. Al cabo de una hora de estar haciendo decididos esfuerzos para conseguirlo, me quedé en aquel estado de soñolencia en que todavia se perciben las cosas que se oyen; pero sin poder hacer uso de nuestras facultades; y no sé cuanto tiempo estaria en semejante estado, cuando me pareció que se paraba el carruaje. Despues oí junto á mí un ruido confuso; una trapisonda que no podia comprender. Hice esfuerzos para despertarme; pero imposible: yo mismo me habia magnetizado profundamente. De repente sonaron dos tiros de pistola; y esto era ya muy serio, y tanto que el foganazo casi me habia quemado la cara. Abro los ojos y ¡señores! ¿qué dirán Vds. que vi junto á mí pecho? ¡El cañon de mi propia escopeta! Cuando le reconocí, me pesó en el alma no haberla descargado. Nos habia asaltado una cuadrilla de bandidos, que á gritos y con amenazas terribles nos decian: *Faccia in terra! Faccia in terra!* Yo conocí al instante que aquello queria decir á tierra, á tierra; es decir, que nos echásemos al suelo boca abajo. Me precipité del carruaje,

aunque no tan de prisa como sin duda querian, porque me alcanzó un culatazo en el cogote. Por fortuna no me dieron en el cerebro; pero no por eso dejé de dar con las narices en el suelo, donde estaban ya de la misma manera todos mis compañeros, á excepcion de M. Ernesto, que se defendia como un diablo. Por fin esto no le valió, y tuvo que rendirse como los demás.

Me registraron por todas partes, hasta debajo de la almilla de franela: perdonen ustedes estos pormenores. Me quitaron los cien escudos. Esperaba salvar mi solitario, y para eso le habia vuelto hácia dentro, pero por desgracia no tenia la virtud del anillo de Gijes. Ya saben ustedes que el anillo de Gijes, cuando se volvia la piedra hácia dentro, el sugeto quedaba invisible. Vieron, pues, mi pobre solitario y tambien se lo llevaron.

Duraria como una hora este registrar y más registrar, todo de la manera más impolitica; y concluida esta diligencia....

—Ahora bien, dijo el que parecia jefe de la cuadrilla: entre estos señores ¿hay alguno que sea músico?

La pregunta me pareció muy extraña, y no creí que era aquel momento oportuno para descubrirme. (Continuará.)

CRONICA.

El dia 1.º se inauguró la Exposicion universal de Paris. Nos limitamos á consignar este hecho, reservando á nuestro corresponsal, de quien empezaremos á recibir cartas de un dia á otro, el ocuparse de tan importante asunto.

Tenemos entendido que el señor ministro de Fomento se ocupa, con el celo que le distingue, de las cuestiones que han sido objeto de la instancia últimamente presentada por nuestro Director, con especialidad de la relativa á la persecucion de animales dañinos, que tanto perjudican á la caza y á la ganaderia.

Tenemos noticias de varias batidas de lobos y zorras que se preparan en algunos puntos de España. Hemos recibido estas noticias con el mayor placer, felicitándonos de que los verdaderos cazadores comprendan que cumplen una gran mision dedicándose, en esta época de necesaria prohibicion, á una caza que es el complemento de la *veda*, y que ha de contribuir á aumentar la diversion dentro de pocos meses.

Nuestros lectores estarán al corriente de todo lo importante que ocurra en las batidas proyectadas.

Con objeto de dar pronta cabida á todos los trabajos que teniamos pendientes, y de insertar otros de interés que estamos preparando, daremos este número y el inmediato con 32 columnas de texto de caza en vez de 24. Creemos que nos lo agradecerán nuestros lectores, aunque se vean

privados de la sección literaria hasta el 30 del actual.

Los aficionados á la caza de codorniz están de enhorabuena, pues se nota abundancia de estas preciosas aves. Así lo dicen algunas de nuestras últimas correspondencias. En los alrededores de Madrid se empezaron á matar en los últimos días de Marzo.

Dice el *Telégrafo* de Cienfuegos que en la heradura del muelle de aquel puerto ha sido cogida una tintorera de cuatro varas de largo, la cual, al decir del vulgo, llevaba en la *despensa* un puerco de diez arrobas, algunos huesos humanos y un chivo con cuernos y todo.

Lo de los cuernos, pase; pero ¿qué quiere decir *y todo*? Esto último nos tiene con cuidado.

El día 8 se verificó, ante varias personas inteligentes, la prueba no oficial de la carabina Della Noce. Este arma, presentada recientemente al gobierno español como modelo para la reforma del armamento, no es otra cosa que la carabina Minié que hoy usan los cuerpos, pero mejorada por un nuevo mecanismo hasta el punto de ser posible, cuando se tienen municiones correspondientes, hacer con ella seis disparos por minuto.

Para cargar este fusil basta abrir un registro que tiene en la recámara, semejante al del fusil de aguja, é introducir en el cañon un cartucho especial, y hacer uso de otra clase de cápsulas colocadas hábilmente por su orden en un aparato.

Seis disparos por minuto fueron los que se llegaron á hacer en la prueba de ayer por medio de este raro sistema; los tiros dieron todos, ó en el blanco ó á una proximidad grande, lo cual prueba que se hacían con la detención necesaria para apuntar. Los cartuchos Della Noce no son metálicos, y por lo tanto carecen del extraordinario peso de los de esta clase: tampoco llevan consigo fulminato alguno, que una vez desprendido les impida incendiarse; y como el fuego se comunica por la chimenea, á la manera que en los fusiles antiguos, no tiene esta arma el riesgo de perder su aguja, cosa muy fácil en el fusil prusiano. El cartucho Della Noce está adornado de una planchita circular de goma elástica, que en cada uno de los disparos limpia el cañon de la carabina. El alcance de esta arma es de mil metros, así cuando se la carga por el sistema moderno como cuando la operación se verifica por el antiguo.

Dos amigos nuestros de Bujalance (Córdoba), han terminado la temporada última de caza en la sierra, matando seis reses y más de 200 piezas

entre conejos y perdices. Los perros mataron á diente una marrana, con la que ya llevaban diez en poco tiempo, habiendo llamado la atención cuatro de ellas por su tamaño. Nuestros amigos tienen perfectamente adiestrada su jauría, que solo consta de diez y seis perros, la mayor parte podencos.

Algunas otras cacerías se han celebrado en Sierra Morena en los últimos días de Febrero, las cuales han ofrecido buenos resultados.

Sabemos también que algunos cazadores han muerto varias reses en la provincia de Toledo.

Nuestro querido amigo y colaborador D. Carlos Alvarez y Malgorry, ha tenido el desconsuelo de perder su hijo único.

Consignamos nuestro sentimiento por la desgracia que aqueja á nuestro amigo, y le acompañamos en su legítimo dolor.

Leemos en un periodico:

«Háblase de un nuevo fusil llamado *fusil eléctrico*, inventado por el Sr. Martin de Brette, comandante de artillería de la guardia imperial francesa. El autor ha publicado una descripción de su arma en la última sesión de la asociación científica de Francia. El aparato eléctrico del fusil está colocado en la culata, y consiste en una pequeña pila que por medio de un resorte se pone fácilmente en comunicación con un cartucho especial. En el centro de la carga de pólvora que contiene la bala ó los perdigones, hay una espiga metálica saliente en la base, y un simple movimiento del dedo basta para producir el contacto de la pila y del cartucho. Hasta el día, el fusil eléctrico del señor Martin de Brette se considera únicamente como arma de lujo y de caza.»

A pesar de haber entrado en la época de la veda, se venden públicamente perdices en los mercados, y se pregonan por las calles.

Nosotros agradeceríamos que las autoridades locales fijaran su atención en este asunto.

Habiendo recibido una partida de cartuchos de escopeta Lefauchaux, calibre 16, nuestro amigo D. Juan Azurmendi, calle de Esparteros, núm. 20, y siendo de muy buena calidad, con la cámara para el piston de laton, que les hace más durables que los comunes, los recomendamos á nuestros suscritores.

Su precio es de 16 reales el 100, sin tacos, y con tacos y culotes á 20 reales.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.